

naba el aire de brisas, de fresco aliento que rejuvenecía y alegraba las almas. —Y ¡ra, ra, ral ral los chicos tocaban como desesperados. Perico hacía sonar el carracón de la torre, y el diablo reía, reía como cien mil carracas.

*
*
*

Lo cierto es que el demonio tenía un plan como suyo; que la jueza y el magistral estuvieron á punto de perderse, allá en lo recóndito de la intención por lo menos; pero, como al diablo lo que más le agrada son las diabluras, en cuanto le infundió al chico de la jueza la tentación de tocar la carraca á deshora, todo lo demás se le olvidó por completo, y dejando en paz, por aquella noche, las almas de los justos, gozó como un niño con la tentación de los inocentes.

Cuando Satanás, á la hora del alba, envuelto por obscuras nubes, volvía á sus reales, encontró en el camino del aire á los ángeles de la víspera. Oyeron que iba hablando solo, frotándose las manos y riendo á carcajadas todavía.

—¡Es un pobre diablo!—dijo uno de los ángeles.

—¡Y ríe!—exclamó otro.—Y ríe en la condenación eterna...

Y callaron todos, y siguieron cabizbajos su camino.

DOCTOR ANGELICUS

I

¿Pánfilo había sido niño alguna vez? ¿Era posible que aquellos ojos hundidos, yo no sé si hundidos ó profundos, llenos de bondad, pero tristes y apagados, hubieran reverberado algún día los sueños alegres de la infancia?

Aquella boca de labios pálidos y delgados, que jamás sonreía para el placer, sino para la resignación y la amargura, ¿habría tenido risas francas, sonoras, estrepitosas?

En aquella frente rugosa y abatida, desierta de cabellos, ¿habrían flotado alguna vez rizos blondos ó negros sobre una frente de matices sonrosados?

Y el cuerpo mustio y encorvado, de pesados movimientos, sin gracia y achacoso, ¿fué esbelto, ligero, flexible y sano en tiempo alguno?

Eufemia, considerando estos problemas, concluía por pensar que su noble esposo, su sabio marido, su erudítisima cara mitad había nacido con cincuenta años y cincuenta achaques, y que así sabía él lo que era jugar al trompo y escribir billetes de amor, como ella entender las mil sabidurías que su media

naranja le decía con voz cariñosa y apasionada.

Pero de todas maneras, Eufemia quería á su marido entrañablemente. Verdad es que en ocasiones se olvidaba de su amor, y tenía que preguntarse: "¿Á quién quiero yo?—¡Ah, sí, á mi marido!", le contestaba la conciencia después de un lapso de tiempo más ó menos largo.

Esto era porque Eufemia padecía distracciones. Pero en virtud de un silogismo, en forma de entimema, para abreviar, Eufemia se convencía cuantas veces era necesario, y era muy á menudo, de que Pánfilo era el hombre más amado de la tierra, y de que ella, Eufemia, era la mujer á quien el tal Pánfilo tenía sorbido el poco seso que Dios, en sus inescrutables designios, le había concedido.

Para sesos, Pánfilo. Era el hombre más sesudo de España, y sobre esto sí que no admitía discusión Eufemia.

No sabía ella todavía que, así como los terrenos carboníferos se anuncian en la superficie por determinados vegetales, por ejemplo, el helecho, los sesos son un subsuelo que suele señalarse en la superficie con otro vegetal, que produce madera de tinteros, como dijo el autor de la gatomaquia. No sabía nada de esto Eufemia, ni se le pasaba por las mientes que pudiera llegar á parecerle su marido demasiado sesudo.

Preciso es confesarlo. Eufemia daba por hecho que su esposo sabía todo lo que se puede saber, porque eso pronto se aprende; pero, ¿y qué? Ser el primer sabio del mundo no es más que esto: ser el primer sabio del mundo. Delante de gente, Eufemia

se daba tono con su marido: veía que todos tenían en mucho la sabiduría de Pánfilo, y usaba y abusaba de aquella ventaja que Dios le había concedido, dándole por eterno compañero á un hombre que ya no tenía nada que aprender.

Pero en su fuero interno, que también lo tenía Eufemia, veía que su admiración incondicional no era más que *flatus vocis* (no es que ella lo pensara en latín, sino que lo que ella pensaba venía á ser esto): porque desde la más tierna infancia la buena mujer había profesado cariño á infinitas cosas; pero jamás había encontrado un mérito muy grande en tener la habilidad de estar enterado de todo.

II

Una tarde de Mayo, el doctor don Pánfilo Saviaseca estaba más triste que un saco de tristezas arrimado á una pared.

¡Ea! Se había cansado de estudiar aquella tarde. ¡Estaba tan hermoso el sol, y la tierra, y todo!

Leía á Kant; estaba en aquello de si la percepción del yo es ó no conocimiento analítico *a priori*.

Esto era en el Retiro, en lo más retirado del Retiro, si vale hablar así. Pánfilo estaba sentado en un banco de musgo.

Conque... ¿en qué quedamos?... ¿es, ó no es conocimiento analítico el que tenemos del yo? Así meditaba en el instante en que una galguita, muy mona, vino á posar las extremidades torácicas sobre La Crítica de la Razón Pura.

Era la realidad, la ciencia del porvenir en figura de perro, que se le echaba encima al buen sabio y le llamaba al sentimiento positivo de las cosas.

La galga no estaba sola. Se oyó una voz argentina que gritaba: "¡Merlina, aquí! Merlina, eh, Merli... Usted dispense, caballero, estos perros... no saben lo que hacen. Pero, Merlina, ¿qué es esto? "..., etcétera, etc., etc.

Y, en fin, que Eufemia, su tía, que tenía muchas ganas de casarla, y hacía bien, y don Pánfilo, hablaron y pensaron juntos.

Resultó que eran vecinos, y como la niña no tenía novio, ni de dónde le viniera, y como don Pánfilo se había convencido de que el yo no puede vivir sin el tú para que llegue á ser aquél, y que más vale ser nosotros que yo solo, hubo boda, no sin que derramase algunas lágrimas la tía, que lo había tramado todo.

Eufemia era una rubia hermosa.

Pero no tenía nada de particular, á no ser su primo, que no tenía nada de general, porque era alférez de Ingenieros, agregado, por supuesto.

Don Pánfilo, una vez dispuesto á ser un fiel y enamorado esposo, se devanaba los sesos, aquellos grandísimos sesos que tenía, para encontrarle algo de particular á su Eufemia; pero no dió en la cuenta de que el primo era lo único que tenía Eufemia digno de llamar la atención.

Jamás había pensado en su prima Héctor González, que éste era el alférez; pero desde el momento en que la vió casada, se sintió tan mal ferido de punta de amor, que aprovechó la ocasión para re-

negar de las tiránicas leyes que no consienten á los primos enamorar á sus primas magüer estén casadas.

Pero ¿por qué se había casado Eufemia? No, no era Héctor hombre que retrocediese ante los obstáculos de esta índole; había leído demasiado libros malos para que semejante contratiempo le acobardase á él, agregado de un cuerpo facultativo.

Formó planes que envidiaría cualquier novelista adúltero de Francia, y se dispuso á comenzar la novela de su vida, que hasta entonces había corrido monótona entre guardias, formaciones y pronunciamientos.

III

En el interin, como dice un orador que yo conozco; en el interin, Pánfilo no pensaba más que en encontrarle el *quid divinum* á su mujer, sin que se le ocurriera dar con el quid de la dificultad.

Y así como Don Quijote averiguó al cabo que éste, y no otro, era el nombre significativo que convenía á la altura y calidad de sus proezas, Pánfilo entendió que Eufemia se distinguía por un delicadísimo gusto, que la inclinaba á lo más espiritual y sublime, á la quintaesencia de los afectos sin nombre, cuyos misteriosos matices jamás traducirán las Bellas Artes, ni la más profunda armonía, ni la lírica mejor inspirada. Oigamos, ó mejor, leamos á don Pánfilo:

"Pasan por el alma á veces extraños y sublimes

sueños, adivinaciones de verdades del cielo, amorosas ansias, que no son, sin embargo, como la pasión ciega, sino como luz que estuviera enamorada del calor: pues todo esto es lo que siente y comprende Eufemia, mi mujercita, con maravillosa intuición. Sabe prescindir de la apariencia de las cosas, remontarse á la región ideal, que con ser ideal, es lo más real de todo. ¿Por qué me quiere á mi, sino por eso? Porque lee en mis ojos, tristes y apagados, el fuego que por dentro me devora. Un día me preguntó:—Si yo no te hubiera querido, ¿qué hubieras hecho tú?—¿Qué?—respondí.—Primero, llorar mucho, querer morirme y mirar de hito en hito á las estrellas; mirándolas, pensaría muchas cosas; me acordaría de mi infancia, de mi madre, de mi Dios, á quien adoré de niño, á quien olvidé de joven y á quien busco de viejo; y pensando estas cosas, no me olvidaría de ti, no, eso es imposible; sino que, mezclándote con todas ellas, poniéndote sobre todas, viendo bien claro, como lo vería, que las distancias de este mundo así en el espacio como en el tiempo, como en las formas, como en los sentimientos, son aparentes, y que todo acaba por juntarse, entenderse y quererse, viendo esto, me consolaría, y resignado, me pondría á estudiar mucho, mucho, para amar mucho y esperar mucho, y tener la seguridad de acercarme á ti al fin y al cabo, no sé dónde, ni sé cuándo, pero algún día, en algún lugar, donde Dios quisiera.

„Cuando Eufemia me oyó hablar así, no replicó; pero cerró los ojos y se quedó sintiendo y pensando todas esas cosas inefables que pasan por su alma

en algunos momentos de extática contemplación. Cuando despertó de su embeleso, que bien habría durado una hora, me dirigió una dulce sonrisa y me dió un abrazo; pero nada dijo. ¿Qué había de decir? Me había comprendido, había penetrado la sublimidad de mi amor: eso bastaba.

„Aquella tarde vino á buscarla su primo González para ir á la Casa de Campo: ella no quería ir, pero al fin consintió á una insinuación mía, y se despidió de mí como si fuera al otro mundo. Y era que en aquel día inolvidable estaban tan unidas nuestras almas, que toda separación era dolorosísima.

„El alma de mi Eufemia es éter puro. ¡Cómo la quiero! Ella me inspira este buen ánimo que necesito para seguir, sin desmayar, en la formidable obra emprendida; quiero acabar para siempre con toda clase de pesimismo; quiero poner en su punto y en lo cierto la dignidad de la vida, la perfección de lo creado y la evidencia con que se presenta á mis ojos la finalidad de todo lo que existe, finalidad real á pesar del constante progreso y de la variedad infinita. Voy ahora á esperar á Eufemia, que debe de volver con su primo de los toros. Llevarla á los toros ha sido demasiada exigencia; pero como la otra vez yo la reprendí porque no era más amable con González, en esta ocasión se anticipó la pobrecita á los que consideraba mis deseos. ¡Como no vuelva desmayada!“

Lo que va entre comillas es extracto de un diario inédito.

IV

Ello es que el primo se había declarado á la prima. Había hablado él también de amores que en el cielo empiezan y siguen en la tierra; del más allá y del algo desconocido, trinando principalmente contra el derecho civil vigente y los matrimonios desiguales.

Que Eufemia quería á Pánfilo no debía ponerse en tela de juicio, y no se puso. No lo hubiera consentido Eufemia, para la cual era axiomático: primero, que su esposo era un sabio, y segundo, que ella le quería como á las niñas de sus ojos.

En vista de que el dogma era inalterable, Héctor procuró barrenar la moral, obrando como un sabio mucho mayor que su primo.

La mujer siempre es un poco protestante: piensa que *fides sine operibus* vale algo, y que á fuerza de creer mucho, se puede compensar el defecto de pecar no poco.

—Tu marido es un sabio, convenido; pero ¿y eso qué?—Esto dijo el primo, que fué como leer en el ya citado fuero interno de Eufemia.—Supongamos que tú te enamoras de otro hombre que sólo sepa lo que Dios le dé á entender, ¿basta la sabiduría de tu marido para evitar lo inevitable?

Eufemia no tenía qué contestar.

De hipótesis en hipótesis, llegaron los primos

Al puente que separa

Á Eva inocente de Eva pecadora.

V

Dejábamos al doctor Pánfilo entre San Marcos y la puente.

Era una tarde de Mayo. Pánfilo escribía la última cuartilla de su obra, que iba á ser inmortal y que se titulaba: *Eufemia. Investigaciones acerca de la dignidad y finalidad racional de la vida humana. Etnomonología aplicada, basada en una arquitectónica racional de la biología psíquica, especialmente la praxológica.*

Un rayo de sol, que entraba por la ventana, caía sobre el papel que iba emborronando el doctor. Escribía esto: "... Tal ha sido el propósito del autor; demostrar con argumentos tomados de la realidad viva que el predominio de la felicidad se observa ya hoy en nuestras sociedades civilizadas, sin necesidad de recurrir á la hipótesis probable, pero no necesaria, de ulterior sanción de otros mundos mejores. Debe, sí, el filósofo recurrir á la experiencia, pero no fijando sólo su examen en la propia individual; pues nada significa el apasionado testimonio del que lamenta desgracias peculiares; hay otra experiencia, que una sabia y bien ordenada estadística moral y civil puede suministrarnos, y en ella podrá ver cada cual, y mejor el filósofo, que sea lo que quiera de la propia fortuna..."

Al llegar á "fortuna", sintió el filósofo que le sacudían el papel.

Era Merlina, la galguita de mi cuento, que se

había subido á la mesa y se paseaba arrogante sobre *Las investigaciones acerca de la dignidad*, etcétera, etc.

Pánfilo suspendió su trabajo. Un recuerdo dulcísimo, el más querido de su vida, le trajo lágrimas á los ojos.

Á Merlina debía el doctor su felicidad propia, individual, sin necesidad de endemonologías ni de arquitectónicas biológicas, sólo por una casualidad, por una indiscreción de la perra, según frase de Eufemia.

Embelesado por este recuerdo, se estuvo el doctor largo rato pasando la mano izquierda por el lomo de Merlina.

La galguita se dejaba querer. Pero de pronto dió un brinco; saltó de la mesa á la ventana, y apoyó las patas delanteras sobre un tiesto. Las orejas se le pusieron muy tiesas, y aulló Merlina con señales de impaciencia. Parecía que deseaba arrojarse por la ventana.

Se levantó de su poltrona el doctor para ver lo que causaba tal impresión en su galguita.

En el jardín, dentro de la glorieta, Héctor González y Eufemia Rivero y González representaban en aquel momento la escena culminante de *Francesca da Rimini*.

Pánfilo oyó el chasquido de... El lector puede imaginarse qué clase de chasquidos se usan en tales casos.

El autor de las *Investigaciones* retrocedió instintivamente, se desplomó sobre el sillón y ocultó la cabeza entre las manos.

Cuando volvió al sentido y abrió los ojos, vió delante, en un papel blanco, unas palabras, que se le antojaban escritas con una tinta de color de rosa.

Leyó: "... podrá ver cada cual, y mejor el filósofo, que, sea lo que quiera de la propia fortuna..."

Pánfilo cogió con gran parsimonia la pluma, y concluyó el párrafo: "... la humanidad, en conjunto, prospera, y es feliz en esta tierra con la conciencia del progreso y del fin bueno que aguarda al cabo á todas las criaturas. Para el que sepa elevarse á esta contemplación del bien general, como el más importante aun para el propio interés, bien puede decirse que el cielo comienza en la tierra".

Pánfilo había terminado su obra, la obra de su vida entera, la que le había gastado el cerebro y los ojos.

Por cierto que sintió en ellos algo extraño; miraba á todas partes, y aquel matiz halagüeño que veía en la tinta, dominaba en todos los objetos.

¡Pobre doctor! Se había declarado la enfermedad cuyos síntomas no había conocido: el Daltonismo.

Desde aquel día Pánfilo todo lo vió de color de rosa.

NOTA. Pánfilo, en griego, viene á ser el que todo lo ama.

Lo cual en castellano significa: Quien más pone, pierde más.

En cuanto á Eufemia, siguió viviendo convencida: primero, de que su esposo era un sabio; segundo, de que amarle era su obligación.

El dogma era el mismo siempre: sólo se había relajado la disciplina.

LOS SEÑORES DE CASABIERTA

¡Pero estos señores de Casabierta no tienen vida privada!

Así se explica lo que le sucedió con ellos á don Eufrasio Paleólogo, presidente del Casino de Villapidiendo, gran lector de periódicos y elector nato del señor de Casabierta, candidato nato también á la Diputación de Villapidiendo.

Pues señor, vino á Madrid Paleólogo á unos asuntos del común, ó del procomún, como él cree que se dice; y claro, en seguida, es decir, en cuanto se dejó dar lustre á las botas en la Puerta del Sol, junto al Imperial, se dirigió á casa del señor de Casabierta.

¡Entró!—El señor no está... Ya, ya lo sé; pero de seguro está la señora.—Caballero, ¿usted qué sabe?

—Hombre, sepa usted que trata con una persona ilustrada que lee los periódicos y tiene coleccionados en un tomo los artículos de Almaviva... La señora se levanta á las nueve; hace su *toilette*—usted no sabe lo que es eso—hasta las diez; toma un pisco-labis, que consiste en una copa de jerez seco, y versos de Grilo, mojados en el jerez. Á las once recibe en el salón verde, que tiene una consola Pompadour, una chimenea de la Regencia... de Espartero y muchos platos allá cerca del techo. Como si lo vie-

ra, hombre, como si lo viera. Ea, déjeme usted pasar.—Por aquí, caballero, por aquí.—No, señor, voy bien; los íntimos entran por aquí: á mí me recibirá en su *boudoir* chocolate claro, color serio, propio de señora leída al par que *dettachée* de las vanidades del mundo. ¿Usted qué se figura, hombre de Dios, que en Villapidiendo no sabemos francés españolizado y entrar en el *boudoir* por donde entran *les intimes*, y en francés como ellos?

En efecto, Paleólogo, que fué carlista y estuvo emigrado, sabe su poquito de francés, y lo que no, lo aprende en Almaviva, Ladevese, Blasco, Asmodeo y otros escritores del Instituto. Es un alcalde á la moderna, con la facha de Luján alcalde; pero tan fino como Sardoal cuando era del Ayuntamiento.

En fin, ó finalmente, como decían los italianos en la Comedia, Paleólogo ya está sentado frente á la señora de Casabierta.—Casabierta no está en casa. Ha ido...—Sí, supongo que habrá ido á afeitarse; es la hora precisamente. Sí, señor; antes venía el barbero á casa...—Sí, ya sé; pero desde que le cortó aquel poquito de oreja de que hablaron los periódicos... ¡pícaros barberos!, ya no hay clases... ¡y qué versos tan hermosos los que hizo su oreja de usted, digo, no, su hija de usted, la rubia, la Pilarita, al cacho de oreja de su papá difunto, el cacho se entiende.—¿Usted los conoce?—Toma, y los sé de memoria... ¡si los publicaron cinco periódicos! Y diga usted ¿qué es de él?—Creo que está en Córdoba.—¿El cacho de oreja?—No, señor, Grilo; creí que hablaba usted de Grilo, que fué el que improvisó los versos de la niña.—Bien, lo mismo me da; ¿y

qué es de Grilo?—Pues ayer comió aquí.—Pero ¿no dice usted que está en Córdoba?—Bien, pero eso no quita.—¿No quita? (¡Y este Almaviva que no explica estas cosas!) ¿Y el ojo de gallo de usted, señora?—Tan robusto.—Hace días que no hablan de él las crónicas de salones.—¡Es un ojo de gallo muy modesto!—Es moda ser modesto, pero decirlo, porque si no como si no se fuera. ¿Y qué tal les han sentado á ustedes las anguilas del *lago Tiberiades* del miércoles?—¡Cómo!—¿Usted sabe que comimos anguilas el miércoles? Sí, señora, por los periódicos. Las anguilas no tienen vida privada. A propósito, señora, ¿es verdad que la viudita de Truchón ha tenido un tropiezo?—No, señor; ha tenido un hijo, pero nadie lo sabe.—Dispense usted, señora, yo lo sabía; pero creí que se trataba ya de otro, es decir, de otro lance. Ese que usted dice le refirieron los periódicos de la manera más discreta. En Villapidiendo nadie cayó en la cuenta más que yo, y por eso no comprendieron aquel sueltcito que decía: “La señora viuda de Truchón ha tenido que guardar cama. Celebraremos que la interesante viuda se restablezca pronto. Dicen que demostró gran valor durante la crisis de la enfermedad, ó como dijo el clásico:

«En aquel duro trance de Lucina...»

por eso sé yo que parió sin novedad, porque conozco la Mitología y conozco á la viuda.—¿Usted la ha tratado?—Á la Mitología no, ni á la viuda tampoco. Pero leo; algo se sabe, y he visto tantas crónicas

con alusiones transparentes á sus transparentes gracias y costumbres... que algo se ha transparentado.

(Pausa.) ¡Oh, señora, feliz la honrada madre de familia que puede dar á luz, á la prensa, como quien dice, todos los hijos que quiere! ¡Todas las hojas literarias de los periódicos estaban consagradas el lunes al rorro de usted. . . ¿Cómo está, cómo está el muñeco?—¡Hermosísimo!—¿Y es cierto que tiene esa inteligencia que dice el revistero *Begonia*?—Pues ya lo creo, y más.—Qué saladísimo estaba Ricardo Flores, el que firma *Cardoenflor* (por imitar á Fernanflor, que no me gusta porque habla poco de salones), qué gracioso estaba Ricardito contando las travesuras de su bebé de usted durante la ceremonia del bautizo.—Está gracioso, pero calumnia al muchacho.—Sí, dice que antes que le hicieran cristiano tenía en la iglesia cara de aburrido como un perro ó como un librepensador.—El revistero no sabe que los niños no entran en la iglesia hasta que les echan los demonios fuera del cuerpo. —Pero lo mejor son los versos de Cigarra, el chiquitín junto á la pila bautismal. Los sé de memoria:

«En la pila bautismal
todo el Jordán se refleja,
te moja el cura la oreja
y ya estás libre del mal.
El acto sacramental
mata en tu pecho el pecado
y se abre regenerado,
como rosa alejandrina,
tu ser á la fe divina,

pues de pila te ha sacado
el ministro de Marina,
en el acto acompañado
de más augusta madrina.»

—¡Hermosa décima! ¿Verdad usted? —Décima precisamente, no, señora. —Bien, ya lo sé, es la *do-cena del fraile*, un nuevo género de décimas de trece versos, que ha inventado Cigarra, para que cupiesen el ministro de Marina y la madrina más augusta. Ya ve usted, por verso más ó menos no habíamos de ser unos mal criados. —No cabe duda; y más vale que sobre que no que falte.—A propósito de versos, señor de Paleólogo. Me va usted á sacar de un apuro. Aquí en casa vamos á representar una comedia, pero nos falta un personaje. ¿Sería usted tan amable?... —Señora, yo no soy personaje más que en Villapidiendo... —No importa, ¿quiere usted *crear el papel* de Cocupassepartout? —Señora; mucho crear es, pero si no hay otro Cocu... yo lo haré, como se hacen esas cosas en Villapidiendo. —¡Oh, gracias, gracias! —Por supuesto, ¿usted sabe francés?... Condición indispensable. —Pero qué, ¿vamos á representar en francés? —No, señor, en castellano, es una traducción de Fois Grass, el corresponsal del *Bombo* en París... y ya ve usted, hace falta dominar el francés... para pronunciar correctamente los galicismos. —¿Y cómo se llama la comedia? —Espere usted... se llama... —¡Ah! ya sé. lo he leído ayer en los periódicos, se llama: *A qué sueñan las jóvenes hijas*, es un fusilamiento de Musset. Pues cuente usted conmigo. Por supuesto, ¿ha-

blarán los periódicos de los ensayos?—Ya lo creo, hombre; hablarán *por encima del mercado...*

Paleólogo se despidió. Eran las once y quince. Sabía por los periódicos que era la hora de inspeccionar la lactancia de Bebé.

Si el lector quiere, volveremos á visitar á los señores de Casabierta con el presidente del Casino de Villapidiendo, y acaso veamos la comedia de Fois-Gras., si se logra.

EL POETA-BUHO

HISTORIA NATURAL

—Señorito, un caballero quiere hablar á usted.

—¿Qué trazas tiene?

—Parece un empleado de *La Funeraria*.

—¡Ah! Ya sé quién es: es don Tristán de las Catacumbas. Que pase.

Y entró don Tristán de las Catacumbas, á quien conozco de haberle pagado varios cafés sin leche. Es alto, escuálido, cejijunto, lleva la barba partida como Nuestro Señor Jesucristo, tiene el pelo negro, los ojos negros, el traje negro y las uñas negras. Lo único que no tiene negro son las botas, que tiran á rojas.

Me dió un apretón de manos, fúnebre como él solo; el apretón de manos del Convidado de Piedra. Hay hombres que aprietan la mano como una puerta que se cierra de golpe y nos coge los dedos. Es su manera de probar cariño.

Don Tristán habla poco, pero *lee* mucho. Es un poeta inédito, de viva voz; si se le pregunta cuántas ediciones ha hecho de sus poesías, contesta con una sonrisa de muerto desengañado: "¡Ninguna! Yo no imprimo mis versos: no hago más que leerlos á

las almas escogidas". Para él son almas escogidas todas las que le quieren oír. Calculando el número de veces que ha leído sus versos, dice don Tristán, usando de un tropo especial, que consiste en tomar el oyente por el lector que compra el libro, que sus *Ecos de la tumba* han alcanzado una tirada de nueve mil ejemplares. Quiere decir que los ha leído nueve mil veces á nueve mil mártires de la condescendencia.

—Pues señor Clarín, sabrá usted cómo he escrito otro libro de poesías y vengo á leérselo á usted.

—¿Entero?

—Y verdadero; sí, señor. Pero tiene cuatro partes; leeremos una cada día, y en cuatro sesiones despachamos. Quiero saber su opinión de usted, porque aunque á mí la crítica epitelúrica me importa un bledo, porque yo tengo el pensamiento puesto en lo alto (y señalaba al techo), como esta vez acaso me anime á dar mi obra á la estampa, si se muere un tío mío, á quien ya he dedicado un canto fúnebre...

—¡Ah! pues cuente usted con ello.

—¿Con qué?

—Conque se morirá su tío de usted.

—Eso creo; pues decía que si el tío me deja, agradecido, unos cuartos, imprimo el libro; y en tal caso espero que usted me tratará como merezco. Yo no pido más que justicia. Lo que quiero es que usted *se penetre* de esta poesía y no hable sin enterarse. Lo mejor para esto es que yo mismo lea mis versos y le haga fijarse en sus transcendentales pensamientos.

—¿Sabe usted?... Me espera el barbero... Tengo una barba de tres días...

—¡Ah! ¿Usted se afeita?—exclamó el de las Catacumbas con acento de compasión... Que espere el barbero... Oiga usted la primera parte siquiera. El libro se titula *El Requiem eterno*. Primera parte: "Idilio del subsuelo".

—Le advierto á usted que el subsuelo es del dominio del Estado...

—El subsuelo es aquí el del cementerio. La segunda parte, que leeremos otro día, se titula "Fuegos fatuos"; la tercera, "Resposos de mi lira", y la cuarta, "Rimas de luto". Le advierto á usted que yo prescindo de la forma.

—Hace usted bien; yo que usted, prescindiría de todo, hasta de la madre que me parió...

—Prescindo de la forma y me voy al fondo.

—Sí, ya sé; al fondo de la tumba. Es usted el topo de la poesía.

—¡Bonita frase! Ahora oiga usted... Primera parte: "Idilio del subsuelo".

I

Llegaron los gusanos
á devorar su corazón de cieno;
en su sangre cebáronse inhumanos,
y los mató el veneno.

—¿Qué tal?

—Que les está bien empleado. ¿Quién les manda ser *inhumanos* á esos gusanillos?

—Esto de llamar inhumanos á los seres irracionales, no es cosa mía; lo he visto en un poeta que lee en el Ateneo.

—No; si yo no me quejo. Ya ve usted: á mí, ¿qué me importa? Yo no soy gusano.

— Continuemos.

II

La llevaban á enterrar...

—Como á la Constitución.

—La llevaban á enterrar
en un ataúd muy ancho,
en el que llevan á todos
los difuntos de aquel barrio.
El cadáver se movía
con los tumbos que iba dando.

Yo les hallé en el camino.
—Detened, les dije, el paso.
No va *completo* el vehículo,
aún hay sitio para ambos;
llevadme también á mí
que yo la carrera pago;
poco hay desde aquí á la muerte,
el viaje no será caro...

—¿Y le enterraron á usted?

—No, señor; todo eso es un decir.

III

Exhumaron su cadáver,
lleváronlo al panteón...

—¿Esos habrán sido los progresistas?..

—¡Silencio!

En el campo santo humilde
sólo la tumba quedó,
y en el hueco de la tumba
enterré mi corazón.

Oiga usted ahora el IV. Y me leyó todos los números romanos posibles; cuando terminó la primera parte, olía á difunto.

—¿Qué opina usted? Así, en conjunto ..

—Opino que debe usted esperar, para publicar su *Requiem eterno*, alguna ocasión solemne... por ejemplo, sería de mucha actualidad en el día del juicio...

—Eso es muy tarde...

—Bueno, pues cuando se inaugure la Necrópolis...

—Señorito, el barbero espera en la antesala.

—Dígale usted que se vaya, que hoy ya me ha hecho la barba este caballero...